

LA DEROGACION DE LO LINEAL *

Roberto Retamoso
Profesor de Análisis del Discurso y del
Seminario sobre Literatura y Periodismo

En su libro "Hipertexto" ¹, George Landow despliega su particular visión acerca de las posibilidades que ofrece lo que comúnmente se denomina escritura electrónica. Situándose en una tradición que remite a los trabajos pioneros de Marshal Mc Luhan, entiende que la consideración de las innovaciones tecnológicas resulta decisiva a la hora de analizar las determinaciones de cierta textualidad contemporánea, caracterizada por su configuración volumétrica e ilimitada como así también por su naturaleza virtual: se trataría, para Landow, de una nueva forma de escritura, que implicaría tanto la derogación de las formas tradicionales de notación alfabética cuanto la institución de formas inéditas que estarían anunciando los comienzos de un nuevo ciclo histórico.

La tesis de Landow supone, desde esa perspectiva, contraponer los rasgos materiales y simbólicos propios de cada sistema de inscripciones para inferir de ello las características no sólo semióticas sino también culturales y políticas que los distinguen como tales. Así, el texto impreso se caracterizaría por una serie de atributos tales como la linealidad, la centralidad, la finitud o

la primacía del autor, que remiten obviamente a una cultura jerárquica y estratificada según determinados lugares y prácticas de poder. Se trata, notoriamente, de una concepción unitaria de la escritura y la textualidad: para ella, el texto es necesariamente una unidad finita, con un comienzo y un fin empíricamente computables, que se desenvuelve linealmente según una lógica de tipo causal. Esa unidad expresaría la intencionalidad de su autor, que deviene de ese modo en una suerte de demiurgo capaz de imponer sus sentidos al texto, articulándolos desde una posición de anterioridad y centralidad que subordina las funciones del lector en el lugar (y el papel) de un mero consumidor de los textos.

Frente a este tipo de concepciones, la escritura electrónica, con sus posibilidades de conexiones hipertextuales, se mostraría como una forma de notación radicalmente diferente: así, a la unidad del texto impreso opondría la dispersión característica del hipertexto, que remite incesantemente de una instancia textual a otra sin que ello implique, en principio, la posibilidad de acotar sus límites ni de computar su extensión material. De la mis-

* Trabajo presentado en las Primeras Jornadas sobre Comunicación y Ciencias Sociales, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, U.N.R. Septiembre de 1998.

ma manera, el hipertexto supone, para Landow, una especie de descentramiento de sus fuentes enunciativas al constituirse mediante un proceso de enunciaciones múltiples que conlleva, necesariamente, a la destitución o por lo menos a la degradación de la figura (y del rol protagónico) del autor.

La concepción teórica de Landow se nutre, como él mismo lo señala en su libro, de dos vertientes fundamentales. Una consiste en la tradición informática desde la que se pensó (y ejecutó) la tecnología necesaria para la producción del hipertexto; la otra, en la teoría crítica acuñada por autores como Barthes, Bajtín, Derrida o Foucault que –en el caso de los franceses– habrían vislumbrado en la década del setenta la dimensión de lo hipertextual en sus reflexiones acerca del texto y las relaciones de intertextualidad. Ambas vertientes, para Landow, coincidirían en la recusación de los principios teóricos y filosóficos que sostienen al texto impreso y a la cultura letrada –centro, jerarquía, linealidad– y en la postulación de nuevas formas de escritura caracterizadas por el descentramiento, la deposición de las jerarquías y, fundamentalmente, por la derogación de lo lineal.

Por consiguiente, el rasgo distintivo del hipertexto sería su configuración, antes que en términos de línea, en términos de red: así, sus formas de articulación se desplegarían de manera trans-textual², soslayando la dimensión de lo contiguo y lineal para desplegarse de manera discontinua y fracturada como vínculos espaciados en un

orden reticular. Semejante mutación escrituraria, generada por la irrupción de nuevos soportes tecnológicos de naturaleza informática implica asimismo, para Landow, una mutación de las formas textuales y de los roles discursivos tradicionales que ahora impone la escritura electrónica. Porque ya no se trata de posiciones unitarias, como las que tradicionalmente se le asigna al par jerárquico autorlector, sino de posiciones dispersas y plurales, que dibujan las figuras de autores y lectores colectivos constituidos por una multiplicidad de actores discursivos.

Como es notorio, tanto la teoría crítica citada recurrentemente por Landow como sus propios enunciados teóricos, cuando hablan de texto en un sentido tradicional se refieren, fundamentalmente, al texto literario. No obstante ello, tales interpretaciones críticas acerca de las concepciones tradicionales de texto, autor y lector pueden proyectarse fácilmente sobre el campo de los estudios comunicacionales, dado que en ellos, desde sus mismos orígenes, puntos de vista y concepciones similares dominaron sus desarrollos teóricos y empíricos. En tal sentido, puede afirmarse que una misma concepción filosófica e incluso epistemológica sostiene los modelos canónicos de la comunicación estética y literaria y los modelos de la comunicación massmediática. Porque allí donde la teoría estética y literaria establecen un circuito constituido por el Autor, la Obra y el Lector, la teoría de la comunicación massmediática establece un circuito constituido por el Emi-

sor, el Mensaje y el Receptor. Y si bien la variación terminológica revela la impronta de la perspectiva informática en los estudios sobre comunicación, ello no impide que una misma mirada oriente y regule las investigaciones que se desarrollan en cada espacio disciplinar. Así, en ambos casos se afirmará la primacía y la centralidad del par Autor/Emisor en el proceso comunicacional, del mismo modo que se sostendrá la idea de integridad y unidad del par Obra/Mensaje, o la creencia en el lugar de pasiva subordinación del par Lector/Receptor. De manera que esa mirada tradicional atraviesa los campos de estudio de las disciplinas literarias y comunicacionales, volviendo homogéneos sus supuestos teóricos y metodológicos y las operaciones de conceptualización de los objetos por ellos implicados. Por tal razón, los efectos de la revisión crítica que propugna Landow pueden proyectarse naturalmente sobre el espacio de los estudios en comunicación massmediática, poniendo en cuestión categorías habitualmente admitidas como las categorías de Emisor, Mensaje, Código y Receptor.

En consecuencia, resulta evidente que, a la luz de los actuales procesos de innovación tecnológica, particularmente en el ámbito de la informática, los estudios sobre comunicación deben enfrentar problemas conceptuales y operativos verdaderamente inéditos, para los cuales deben elaborar nuevos instrumentos teóricos y metodológicos. Porque si la categoría tradicional de Emisor resulta incapaz de dar cuenta de la complejidad y la pluralidad de

las instancias enunciativas que participan de la emisión de un texto electrónico, la categoría de Mensaje, con sus connotaciones de unidad e integridad material parece insuficiente para aludir a su naturaleza ilimitada y expansiva, del mismo modo que la categoría de Receptor no parece apropiada para significar adecuadamente las funciones que el destinatario de dicho texto puede ejercer. Por consiguiente, al enfrentarse con los fenómenos característicos de la comunicación informática, las teorías de la comunicación y sus desarrollos prácticos deberían considerar algunas de las cuestiones señaladas por Landow en su libro. Por ejemplo, y en consonancia con lo que propone respecto de las figuras de Autor, Texto y Lector, la necesidad de reconfigurar las formas y modalidades de lo que tradicionalmente se designa como Emisor, Mensaje y Receptor. Junto con ello, y en consonancia con lo que asimismo postula acerca de la necesidad de reconfigurar la enseñanza de la literatura, se debería proponer una auténtica reconfiguración de la enseñanza de la comunicación, incluyendo la cuestión de la comunicación informática y de la escritura hipertextual en la currícula de las escuelas de comunicación tanto en el área de los estudios teóricos como en el campo de los aprendizajes prácticos.

Es sabido que, de hecho, esta incorporación viene realizándose en la mayoría de las escuelas de comunicación, como ocurre concretamente en la nuestra. Pero ese proceso implica no pocas dificultades, derivadas incluso

en muchos casos de los supuestos teóricos a partir de los que se produce esa incorporación. En tal sentido, resulta sumamente útil analizar las maneras en que estas cuestiones son formuladas, incluso en el caso del mismo Landow que es, notoriamente, uno de los pioneros en esta materia. Porque cuando él postula, de manera programática, la necesidad de reconfigurar no sólo el texto y el autor sino también, y esencialmente, la educación literaria (reconfigurando al enseñante, al estudiante, a las formas de evaluación y a la currícula de escuelas y universidades), está afirmando, de manera explícita, que los nuevos instrumentos tecnológicos de naturaleza informática posibilitan una liberación respecto de las formas de dominación y poder características de las sociedades actuales. Lo cual supone una especie de progresismo elemental y escasamente crítico, que se manifiesta en enunciados como el que dice "Mi postura es que la historia de la tecnología de la información, desde la escritura hasta el hipertexto, refleja una creciente democratización o reparto del poder"³.

Como se ha señalado más arriba, Landow apela a Foucault, Bajtín, Barthes o Derrida para sostener, teóricamente, su visión de la escritura hipertextual. Por ello, lo que resulta decepcionante es que tome parcialmente algunas de sus proposiciones (sin duda aquéllas que mejor convienen a sus fines argumentativos) olvidando otras, que seguramente pondrían en cuestión su esquema argumental. Porque si de Foucault re-

cupera la idea del texto "como red", omite las medulares y exhaustivas reflexiones que desarrollara acerca de los vínculos esenciales, constitutivos, que ligan a los discursos con el poder, mediante complejos dispositivos que Foucault describiera minuciosamente en libros como "La historia de la sexualidad"⁴. De igual modo, si de Bajtín toma la idea de polifonía, ignora los extensos desarrollos que realizara sobre la naturaleza social de los géneros y las prácticas discursivas⁵: en esos desarrollos, que orientan y confieren gran parte de su sentido a la escritura bajtiniana, se enfatiza recurrentemente la idea de que, como sujetos de nuestros propios discursos, estamos sobredeterminados por la naturaleza social de los lenguajes y los géneros a través de los cuales nos manifestamos y que, por ende, no sólo hablamos sino que, esencialmente, somos hablados cuando nos constituimos en sujetos discursivos. De manera que la perspectiva de Landow pareciera agotarse en la descripción de determinadas formas y procedimientos característicos de la escritura hipertextual, sin avanzar en las consideraciones críticas que podrían formularse acerca de la construcción social de las posiciones y configuraciones de subjetividad que ellas implican. Análogamente, esa descripción parece ignorar la dimensión constitutiva, estructural, que vincula a esas posiciones con los dispositivos y estrategias de poder que las instituyen y confieren sentido, para entenderlas como instancias mucho menos determinadas contextualmente: por ello, Landow

puede imaginar que, desde ellas, la simple voluntad de los usuarios de los ordenadores puede conducir hacia un destino de democratización y emancipación creciente respecto de las actuales relaciones de poder.

El reconocimiento de semejantes límites en la perspectiva teórica de Landow no implica, obviamente, una recusación de sus observaciones acerca de la naturaleza y la importancia de la escritura hipertextual, ya que se trata, por el contrario, de repensarlas en contextos teóricos más exhaustivos. A esta altura de los hechos, sería absolutamente necio negar lo que, potencial y efectivamente, la escritura electrónica representa como despliegue tecnológico e instrumental. Pero tal vez la cuestión consista en analizar los contextos de utilización de ese despliegue, como asimismo las complejas estrategias de poder a escala universal en las que se sitúa. Junto con ello, resulta inevitable interrogarse acerca de las nuevas formas de escritura, lectura, cognición e intelección que su uso genera, y las distintas posibilidades de recuperación política que ese uso supone. En ese marco, la práctica del hipertexto podría concebirse como una fabulosa herra-

mienta que por sí misma no garantiza una transformación de las relaciones sociales en cuyo ámbito irrumpe, tanto como un mediopreciado por cuya apropiación disputan poderosos y resistentes, sin que esa disputa deba suponer necesariamente la utopía de su futura extinción.

Notas

1. Cfr. LANDOW, George: *Hipertexto*, Barcelona, Paidós, 1995.
2. El término trans-textual está tomado en el sentido en que lo define Gerard Genette en su libro *Palimpsestos*, es decir, como “la trascendencia textual del texto”, o como “todo lo que pone al texto en relación, manifiesta o secreta, con otros textos”. Al respecto, cfr. GENETTE, Gerard: *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Madrid, Taurus, 1989.
3. Cfr. LANDOW, George: *Hipertexto*, op. cit., pág. 216.
4. Cfr. FOUCAULT, Michel: *La historia de la sexualidad*, vol. I. México, Siglo XXI, 1987.
5. Sobre este asunto, pueden consultarse los siguientes trabajos de BAJTÍN: *Problemas de la Poética de Dostoievski* México, F.C.E., 1986, *Estética de la creación verbal* (México, Siglo XXI, 1982) y *Problemas estéticos y literarios*. La Habana, Arte y Literatura, 1986.